

Annuario Sancti Iacobi, 12 (2026), pp. 153-169.  
e-ISSN: 3101-5816

# En recuerdo de José María Díaz. Parábola de los seminaristas que plantaron su tienda al Pie de la Montaña

IN MEMORY OF JOSÉ MARÍA DÍAZ. PARABLE  
OF THE SEMINARIANS WHO PITCHED THEIR  
TENT AT THE FOOT OF THE MOUNTAIN

ELISEO BAYO Y POBLADOR  
*Escritor y periodista (Caspe, Zaragoza)*

Recibido: 18/11/2025

Se han dicho y publicado muchas noticias sobre mi vida, pero hay algo inédito que debo decir ahora, antes de escribir sobre D. José María Díaz Hernández, pues fue, y sigue siendo mientras respiro, un personaje clave en mi

historia.

Quise ser sacerdote y aunque suene raro diré que tuve auténtica vocación sacerdotal a los once años; nadie decidió enviarme al Seminario sino yo mismo, y así se lo comuniqué a mis padres. ¿Qué me impulsó a dar tal paso? El hambre, la injusticia y el dolor. No sufrido por mí, ni en mi casa, sino por los otros, los vecinos, mis compañeros de colegio, en los años inmediatos a la terminación de la guerra Civil en 1939.

En 1951, en que ingresé a los 12 y hasta los 16 años, estudié en el seminario Menor de Alcorisa, en la provincia de Teruel, dependiente del Arzobispado de Zaragoza, donde cursé los cuatro primeros años de Humanidades, con especial dedicación al estudio hondo del latín y del griego. De una nota biográfica que habla de mí extraigo este párrafo:

Bayo destacó por su memoria y por su habilidad en la etimología. A los 13 años escribió su primera novela, y a los catorce un librito de ochenta páginas, manuscrito imitando los tipos de imprenta, que tituló *El Cisma de Occidente*. Ejerció una influencia determinante en la vida de Bayo la llegada de un joven teólogo procedente de Roma que aún no había sido ordenado sacerdote. Era el luego erudito canónigo Deán de la catedral de Santiago de Compostela, José María Díaz Fernández, que descubrió el talento literario de Bayo y estimuló su labor creativa.

---

154

Don José María Díaz llegó a Alcorisa cuando tenía pocos meses más de 22 años y hubo de esperar a cumplir los 24 para ser ordenado sacerdote. Los encargados de la educación de los seminaristas pertenecían a los llamados josefinos, la Hermandad de Sacerdotes Operarios, fundada por don Domingo Sol.

En aquel ambiente de la postguerra, el Seminario Menor de Alcorisa llegó a contar más de 250 seminaristas, repartidos en número decreciente entre los cuatro cursos. Los del primer curso éramos más de sesenta, de los cuales llegarían a ordenarse sacerdotes pocos más de veinte.

Jóvenes, casi niños, nos habituamos a los rigores de la vida en Alcorisa, en inviernos que duraban casi cinco meses con temperaturas bajo cero, sin calefacción, martirizados por los sabañones, y sometidos a una disciplina más que rígida.

La novedad desconcertante fue la llegada de un joven elegante, de finísima piel blanca que contrastaba con la negrura de la sotana, portando unas gafas sin montura que fueron novedad maravillosa para nosotros. Estábamos habituados a la austeridad y al frío intenso, y nos causó admiración que aquel joven, nuestro profesor, pudiera resistir temperaturas bajo cero, sin quejarse. Nosotros no habíamos salido más allá de nuestro pueblo, y él había llegado

desde Roma, y vivido en el fabuloso mundo del Vaticano, la reliquia permanente del pasado.

¿Qué viento tan extraño lo lanzó de los pasillos de la Curia a un lugar tan extraño como Alcorisa, a pocos kilómetros de Calanda, la cuna de aquel monstruo lírico llamado Luis Buñuel?

“Es como una cigüeña perdida”, dijo alguien.

No supimos nunca por qué don José María había sido enviado a esperar su ordenación sacerdotal en aquel mísero seminario de un pueblo pequeño turolense, pero sí que jamás se quejó de su situación y nos dedicó toda su energía y todo su talento para transmitirnos no sólo su sabiduría, sino la esperanza de una vida mejor en el servicio a los demás.

Era profesor de literatura y sería uno de los investigadores más rigurosos del país. Tan magnífico profesor, que no mezclaba la literatura con la religión de tinta (más o menos china). Sólo una vez me dijo, y no fue necesario más: “De Jesús quédate con las Bienaventuranzas. Es lo más necesario y lo que no pasa de moda...”. Y con su fino humor gallego añadió: “Quizá porque no se cumplen”. Luego, unas semanas después, murmuró sin venir a cuento, aparentemente: “Ten cuidado con los espectáculos para el vulgo: en la magia no hay verdad sino apariencia”. Han pasado más de setenta años desde que escuché su sentencia: él ha muerto, y sigue vivo el consejo.

155

---

De aquella hornada de seminaristas salieron los primeros curas verdaderamente heroicos que alzaron su voz a favor de la justicia y de los pobres. Eran rebeldes (palabra la más noble, convertida en maldita) desde que nacieron. Y también, los primeros curas obreros y los que se apuntaron al diálogo cristiano-marxista (algunos se hicieron comunistas, no para ganar algo, sino para perder todo).

Era nuestro tercer año en el Seminario y un atardecer frío paseábamos esperando el toque de campana para acudir a la última oración del día. Era la primera conversación que podíamos tener desde hacía una semana que habíamos pasado en silencio realizando los ejercicios espirituales de san Ignacio. Si alguien ha experimentado el fervor místico que se produce tras la dureza ascética de poco dormir, mucho meditar y profunda inmersión en el silencio, conocerá la euforia que nos embargaba a Domingo Laín y a mí. No podré olvidar nunca que, mientras hablábamos, él iba lanzando una piedrita, la misma, delante de él con el pie. Hablábamos del futuro. Los dos no contemplábamos otra vida que la del sacerdocio. Domingo dejó de caminar, se quedó mudo y tenebroso como si realmente estuviera contemplando la visión real de su vida futura, y yo esperé hasta que regresara del lugar a donde se había ido.

“Al terminar los estudios de Teología -dijo-, me ordenaré sacerdote, ingresaré en la Orden de los Padres Blancos, iré misionero a África y me matarán los negros”.

Cuatro sentencias. Una detrás de otra. ¿Por qué pensaba Domingo Laín que lo matarían en África? Éramos adolescentes, casi niños aún, y estábamos bajo el influjo de la ideología colonial y racista que presentaba a los negros como salvajes a los que había que cristianar para llevarlos a la civilización. Pero estoy dispuesto a sostener que ni Domingo Laín ni cuantos después se fueron al llamado Tercer Mundo, tenían ya nada que ver con los antiguos misioneros que acompañaban a los soldados en la conquista de las almas y sobre todo de las tierras y las riquezas de los indígenas. Domingo Laín estaba diciendo aquella tarde algo que entendía yo lo mismo que él: el mensaje de Jesús es un mensaje de liberación, de justicia, de compromiso, de compartir los sufrimientos de los oprimidos y de acompañar a los que luchan por traer la justicia al mundo. Hace falta mucho amor y mucha capacidad de entrega para estar dispuesto a dar la vida por los hermanos. Domingo sabía claramente que el ponerse del lado de los oprimidos en África significaría ponerse en contra de las conductas de los colonizadores. Estos no estarían dispuestos a perder sus privilegios ni su situación de dominio y exterminarían a cuantos a se pusieran en su camino. Así ha sido. África, continente mártir.

156

La profecía se cumplió en lo más sustancial. Se ordenó sacerdote, no fue a África, pero sí a Colombia, se hizo capellán de guerrilleros -no empuñó nunca un fusil-, celebró la misa cada domingo en la selva para quien quisiera asistir, bendijo a sus hermanos de lucha, y así cada domingo, hasta que dos años después resultó muerto en un encuentro con el ejército. Muchos compañeros murieron con él.

El confesor privado de Franco, el arzobispo Casimiro Morcillo, impulsó la creación de la *Obra de Cooperación Sacerdotal Hispano Americana (OCSHA)* para enviar sacerdotes a la América de habla española. Allí se fueron numerosos sacerdotes a los que él mismo ordenó siendo arzobispo de Zaragoza. Tan pronto como llegaron a su destino vieron que la realidad social era muy distinta de lo que se les había dicho.

De mi curso, que algunos llamaron *el curso de Don José María Díaz*, salieron el sacerdote Domingo Laín, muerto por una patrulla del ejército colombiano cuando acompañaba, sin armas, a un grupo de la guerrilla colombiana; José María Ramón Aróstegui, cura compañero del sacerdote colombiano Camilo Torres y José Antonio Jiménez Comín, que murió en 1974, ocho meses después de incorporarse a la guerrilla, durante una marcha por las montañas de Colombia.

Junto a nosotros, el curso siguiente, estaba Manuel Pérez Martínez. En 1962, se adhirió a la *Obra para la Coperación Sacerdotal Hispano-Americana* y cursó los estudios teológicos en el seminario de Madrid. Fue ordenado sacerdote por Pablo VI, en Roma. Dejó el sacerdocio para unirse a la guerrilla colombiana en 1969, y llegó a ser el máximo comandante del Ejército de Liberación Nacional (ELN) en Colombia.

Del mismo curso salieron los primeros curas obreros, Laureano Molina, Wirberto Delso, entre otros, que abandonaron el sacerdocio por la tozudez del obispo monseñor Cantero Cuadrado, y dieron ejemplo de cómo el mensaje de Cristo, o mejor dicho de Jesús de Nazaret, está siempre con la justicia, el amor, la caridad y la comunión de los hombres y mujeres, iguales ante el Dios que no necesita de la política para llevar la paz al mundo.

José María Gracia Ochoa, Gregorio Ciria Laglera y Laureano Molina, después de terminar los cursos en el Seminario de Zaragoza estudiaron en el Instituto de Adaptación Pastoral Latino-Americano (IAPLA) en Madrid para ir de misioneros a Iberoamérica.

En el IAPLA hicieron cursillos sobre Iniciación al marxismo y comunismo, con el sacerdote y profesor Ricardo Alberdi del Instituto Social “León XIII”. La experiencia los transformó, como dice Laureano Molina: “Emocionalmente quedaban atrás mis niñerías, como dijo en su día el mismo San Pablo al describirse como hombre cristiano (*Primera Carta a los Corintios*, 13, 11-13)”. Y añade:

A partir de nuestro bautismo marxista, el esfuerzo lo hacíamos para compaginarlo con nuestra fe en el Mensaje de Jesús de Nazaret. Para ello estudiábamos la Historia de la Iglesia y de los Dogmas Católicos, dialécticamente (con el método dialéctico marxista ahondando en el análisis que Marx hacía descubriendo los niveles en los que la sociedad está estructurada: el nivel de lo económico, de lo social, de lo político, de lo cultural y de lo religioso), afinando las definiciones dogmáticas, y entresacando qué es lo que se quiso decir con ésta o la otra formulación dogmática en los tiempos en los que se hicieron y el por qué se hicieron, hasta encontrar un equilibrio entre nuestra fe y nuestra visión marxista. En el fondo, todo lo que procede del hombre puede confraternizarse mediante un diálogo serio, riguroso y sin prepotencias.

Incorporados a nuestro curso, como vocaciones tardías, fueron Jesús Rojo- futuro dirigente de la IV Internacional- e Eizaguirre, uno de los lejanos fundadores de ETA.

También valiosos intelectuales y catedráticos, como Gonzalo Borrás Gualis, Jesús María Clavería, el futuro obispo Alfonso Milián, el director del

Seminario y erudito bibliotecario Carlos Tartaj.

El motor de toda esta revolución cultural y, si se me permite, espiritual, fue don José María Díaz. Nos ayudó a creer en nosotros mismos; nos enseñó a ser fuertes; éramos niños de pueblo que escuchamos de viva voz, en directo, el Sermón de la Montaña y estuvimos dispuestos a dar la vida por difundirlo.

Han pasado más de setenta años desde entonces, y quedamos muy pocos vivos. Seguimos en contacto los supervivientes, cuatro. Hubo los que conservaron la misma fe religiosa que en su infancia, pero pasada por el cedazo de la experiencia: la paja se ha separado del grano.

Les costó sudores y lágrimas permanecer en la fe, viendo lo que ven a su alrededor. Los hubo que se declaran radicalmente darwinistas y creo que ya lo eran en el seminario. Aquellos a los que les gustaba la música siguieron siendo grandes músicos, y los que teníamos el oído cerrado para repetir ordenadamente los sonidos seguimos siendo grandes oyentes de música, pero no cantamos ni perdidos en el bosque.

Los que llegaron a sacerdotes siguieron ejerciendo su ministerio tal como soñaban cuando eran niños; quizás están más desalentados, más tristes.

Es curioso, si pienso en los que llegaron al sacerdocio y en los que no, veo que ya estaba decidido así. A los curas los veo como curas, y no de otra manera.

El 21 de septiembre de 1955, don Casimiro Morcillo González fue nombrado arzobispo de Zaragoza. El rector del Seminario Mayor de Zaragoza me encargó que escribiera una poesía para leerla con motivo de su entrada en la inmortal ciudad.

Durante el verano del 56 los seminaristas recibimos el encargo de construir una iglesia en el suburbio zaragozano de Valdefierro, utilizando como material las adobas de barro que amasábamos con los pies. Vimos pasar a una mujer que se desmayó unos metros más adelante, la reanimamos, la condujimos a donde dijo que vivía, y era un campamento de inmigrantes sin techo. Vimos la miseria y decidimos hacerles una casita, y después otra, hasta que empezó el curso y suspendimos las obras. El Rector del Seminario me llamó a su despacho para amonestarme por haber suspendido el trabajo en la iglesia. Le dije que somos templo del Espíritu Santo y no debe vivir en condiciones infrahumanas.

No voy a extenderme sobre mi salida del Seminario Mayor de Zaragoza, en 1957. Entré en conflicto con el Rector del Seminario y con el arzobispo de Zaragoza, Casimiro Morcillo.

De resultas, tuve que dejar el Seminario, y me preparé para el ingreso en la Escuela Oficial de Periodismo, en Barcelona, donde se estudiaban los dos primeros años, y se culminaban con el tercero en Madrid. Aprobé el examen de ingreso y me incorporé al primer curso junto a los nuevos, entre ellos el erudito

Francisco Rico Manrique, el luego famoso corresponsal permanente en Líbano, Tomás Alcoverro, el también archiconocido Manuel Vázquez Montalbán, el historiador Antonio Padilla, el sociólogo-ejecutivo Alfonso Durán, la periodista y empresaria Elisenda Nadal, el luego editor de Gaceta Ilustrada, Francisco Noy, y otros compañeros dignos de recordar.

En septiembre de 1962, fui condenado a once años de prisión en Consejo de Guerra celebrado en Madrid, sobre cuya arbitrariedad, más bien flagrante ilegalidad jurídica, no voy a extenderme. Fui conducido al Penal de Burgos. En esta Prisión Central cumplían condena unos setecientos presos, pertenecientes a diversas organizaciones clandestinas, condenados por tribunales militares. Más de un centenar de ellos llevaban más de veinte años, tras habersele conmutado la pena de muerte por la de cadena perpetua. La llegada de José Satué Malo, telegrafista de la Marina, condenado a muerte por haber pertenecido a la Masonería en 1929, fue trasladado al Penal de Burgos desde el Penal de San Marcos de León, cuando éste fue clausurado para ser convertido en Parador Nacional. Desde su detención hasta su salida de la cárcel en 1965, dedicó todas sus horas carcelarias a impugnar la sentencia con argumentos jurídicos de gran inteligencia. Jamás lograría su propósito. José Satué había permanecido aislado en su celda durante catorce años por negarse a asistir a la misa que era obligatoria en todos los establecimientos del Estado a las personas que estaban en ellos por la fuerza: el Ejército y las prisiones.

El ejemplo de Satué nos animó a imitarlo y elaboramos un plan minucioso de acciones para lograr la libertad de conciencia. Iniciamos una labor de comunicar nuestra situación al exterior, enviando cartas y documentos, clandestinamente, a los abogados de España, catedráticos, asociaciones y grupos clandestinos. Debíamos urdir una labor intensa en el extranjero y la hicimos, enviando clandestinamente notas, manifiestos, artículos y reportajes a la prensa, la radio, y los parlamentos europeos.

Cuando todo esto se hizo, redacté un extenso documento en latín dirigido a la Secretaría de Estado del Vaticano, explicando la situación y argumentando con bases jurídicas, del propio Código de Derecho Canónico, nuestra exigencia del derecho a la Libertad de Conciencia.

A continuación, en octubre de 1963, le escribí una carta al Excmo. y Rvdmo. Señor don Casimiro Morcillo González, arzobispo de Zaragoza, para exponerle la situación en las cárceles en las que era obligatorio la asistencia a la misa dominical. Mi carta razonada al arzobispo Casimiro Morcillo estaba fundada en la doctrina reciente de la Iglesia amparada por el Concilio Vaticano II. En uno de sus párrafos, decía:

La XXII semana social celebrada durante la primera decena de septiembre en Oviedo, ha incluido en sus resoluciones un apoyo a esta cuestión: “También la convivencia internacional – dice el comunicado- es una exigencia de nuestro tiempo. Educar a los hombres para la convivencia es asegurar la paz entre los pueblos” y no puedo dejar de transcribir a este respecto una cita de las palabras que el cardenal Bea pronunció en Roma ante los delegados, durante los primeros días de enero de 1963: “Las dolorosas guerras de religión - emprendidas y estimuladas por los papas y príncipes- fueron la consecuencia de un amor de la verdad falsamente entendido, puesto que se intentó imponer por la fuerza a otros hombres determinadas convicciones olvidando con ello un hecho no menos fundamental, a saber, la libertad humana. Esta libertad supone, el derecho del ser humano a decidir libremente su propio destino, según los dictados de su conciencia, aquellos que pretenden oponerse a esta libertad aduciendo que el error no tiene derecho a la existencia, basta con responderles que el error es algo abstracto y, por consiguiente, no es sujeto de derecho, mientras que el hombre es un sujeto de derecho, incluso cuando él inevitablemente se equivoca sin poder corregirse a si mismo. El hombre tiene, por consiguiente, el derecho y la obligación de seguir su conciencia y, por tanto, también el derecho a su independencia de criterio sea reconocido y respetado por todos”.

Consideramos que no era conveniente que todos los presos se negaran a asistir a misa, porque si la acción se consideraba motín, corríamos el riesgo de que el Gobierno nos dispersara por las diversas prisiones del país, rompiendo así nuestra unidad, tan necesaria para la lucha.

En lugar de una acción colectiva, cinco presos políticos, el poeta vasco Vidal de Nicolás, el estudiante catalán Jorge Conill -por quien el papa Pablo VI había intercedido ante Franco para que le conmutara la pena de muerte-, Vicente Llopis -pariente del alcalde de Madrid-, Arespachaga, Juan Cuadrado -veterano guerrillero al que le fue conmutada la pena de muerte-, y yo mismo, decidimos negarnos a cumplir la obligación de asistir a la misa dominical. Según el Reglamento Penitenciario, fuimos castigados a permanecer cuarenta días de reclusión aislada por cada domingo en que nos negáramos a acudir a la misa.

Lo nuevo de la situación fue la aparición de un poderoso movimiento que reivindicaba no sólo los derechos básicos (libertad de expresión, de asociación, de manifestación), sino la libertad de conciencia. El diálogo cristiano marxista propició el encuentro de creyentes y no creyentes en la lucha común. En ese escenario se produjo en el Penal de Burgos la lucha por la libertad de conciencia en octubre de 1963.

Dos meses y medio después, cuando cada uno de nosotros había acumulado 460 días de aislamiento, el Gobierno de España no pudo resistir la

protesta internacional que en contra del Régimen se extendía por las principales ciudades europeas. El director de la Prisión Central de Burgos recibió instrucciones para que se levantara el castigo -que sumaba ya 320 días de aislamiento- y se decretara voluntaria la asistencia a la misa semanal y a cualquier acto religioso. Así se ganó el derecho a la libertad de conciencia en las cárceles y en el ejército, instituciones en las que era obligatoria la asistencia a los actos religiosos.

Yo acababa de salir del penal de Burgos y me había incorporado a la actividad clandestina en Barcelona cuando recibí la visita de Domingo Laín. No recuerdo exactamente la fecha, pero debió ser en 1967 ó 68. Me propuso que lo acompañara a Colombia para incorporarme con él a la guerrilla.

- Tu lugar está allá. Luchas por la justicia social y por un cambio político que en España tardará mucho en producirse. La gente, incluida la que perdió la guerra, se ha adaptado al sistema y sólo se preocupa de obtener mejores salarios, un piso en propiedad y vacaciones cada año. Allí la gente carece de futuro y por lo tanto de esperanza y no puede dejar para mañana lo que ha de hacer hoy. Nuestra motivación no es fundamentalmente ideológica, y eso que llaman “teología de la liberación” no le interesa a la gente, ni a nosotros, los combatientes. No queremos convencer a nadie, sólo pretendemos dar ejemplo y combatir al Gobierno en el terreno que más teme: el de la confrontación con las armas.

- Dudo mucho que se pueda vencer a un ejército profesional bien armado...

- No somos una guerrilla. Somos un ejército que aumenta cada día, y el ejército profesional además de carecer de moral de combate no está acostumbrado a luchar lejos de las ciudades. Será una guerra larga, pero al final la ganaremos.

Conversamos durante mucho tiempo, como viejos amigos que saben que están hablando por última vez en su vida. Así ocurrió. Lo acompañé hasta la puerta del consulado de Cuba en Barcelona. Con sonrisa sin doble sentido, dijo:

- Estoy seguro de que te veré por allá, compañero.

Un poco antes o un poco después, también vino a visitarme José María Ramón Aróstegui, que era de nuestro curso, pero no estuvo en Alcorisa (se incorporó en primero de filosofía, como vocación tardía). José María había estado también en Colombia junto a Camilo Torres y los otros curas iluminados (esto lo digo de manera acertada, no peyorativa). Se había comprometido políticamente hasta el límite. Lo recuerdo como un gran intelectual, finamente irónico, refinado y guapo con sus grandes cejas negras. Ambos vinieron a verme

porque habíamos sido amigos y fui el primero si no en significarse políticamente sí en caer preso. Además, llevé a cabo una lucha por la libertad de conciencia que fue muy importante en la época (fui uno más, junto a otros presos políticos y también con los Testigos de Jehová, que lucharon mucho por la libertad de conciencia sin apoyo de casi nadie). José María buscaba apoyo y se lo di.

Domingo se fue a Colombia a cumplir su destino. No lo mataron en África, sino en América. Bien debo decir que los tiempos en los que Domingo Laín se incorporó a la guerrilla no son los tiempos de hoy. Medio siglo de lucha armada, sin resultados políticos, conducen a un callejón sin salida. Si la guerrilla era un medio para llegar a un fin, desaparecido éste -o impedido-, el medio se convierte en fin, y así no se hace otra cosa que prolongar una lucha estéril.

¿Se habría incorporado Domingo Laín a la guerrilla hoy, tal como está? Es difícil contestarlo, pero debemos recordar que Domingo Laín no empuñó el fusil. Hasta donde nos llegan las noticias sabemos que seguía ejerciendo su ministerio sacerdotal cristiano en la selva, con los guerrilleros y con la gente del lugar. No he podido encontrar el texto de algunas homilías que pronunció en la selva, pero recuerdo que eran proféticas, limpias, imitadoras del Jesús de los Evangelios que consuela a los débiles y se junta con los marginados hasta reunirlos para que escuchen el Sermón de la Montaña. Es un buen texto para vivir, y mejor aún para leer en la hora de la muerte.

162

Domingo Laín había emprendido desde niño una lucha contra la oscuridad, contra las tinieblas, contra lo negro que sintetiza el rostro de la injusticia, de la explotación, de la marginación, del oprobio, de la riqueza. El buscaba hacer el camino, no llegar a un sitio. Hacer el camino es tener el alma viva, alimentarla de sí mismo, buscar a los iguales, amarlos, consolarlos, ser feliz con ellos en la lucha, no tener techo, empuñar el cayado del peregrino, espantar a las bestias, hablar con los invisibles. Llegar al Destino convertido en Providencia. Mirar desde el otro lado a los que todavía permanecemos a este lado de la vía Láctea.

Por las mismas fechas de mi encuentro con Domingo Laín, don José María Díaz me pidió que fuera a verle en Madrid para un “asunto de mutuo interés”. Quería conocer mi opinión sobre lo que estaba ocurriendo en España.

Como reacción a la politización partidaria de la Iglesia, el Régimen tuvo que presenciar, perplejo, su politización en sentido contrario, y no deja de ser digno de consideración que de España surgieran notorios impulsores de la Teología de la Liberación, como el obispo catalán Pedro Casáldiga, en Brasil, y el jesuita vasco Ignacio Ellacuría, en El Salvador; los primeros y quizás únicos sacerdotes guerrilleros en Colombia; los curas obreros de Aragón; los obispos que se afiliaron al Partido Comunista, y las comunidades de base cristianas que

pregonan el protagonismo de los laicos en el esquema eclesial.

Pedro Casáldiga fue ordenado sacerdote claretiano el mismo mes que se celebró en Barcelona el XXXV Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona. En 1968 llegó como misionero al Matto Grosso, en Brasil, y tres años después fue ordenado obispo, en plena dictadura militar, al frente de una diócesis poblada mayoritariamente por indígenas. Nunca regresó a España y se convirtió en un símbolo de la Teología de la Liberación, viviendo siempre con el dilema de ser un hijo obediente de la Iglesia y no estar de acuerdo con el Vaticano en la elección de los obispos.

Ignacio Ellacuría fue alumno de Karl Rahner, considerado uno de los teólogos más importantes del siglo XX, que formaba parte del equipo de la Nueva Teología formado por Yves Congar, Henri de Lubac y Marie-Dominique Chenu. La idea central de todos ellos es el conocimiento natural de Dios por la razón antes de la llegada de la Revelación, lo que indica el respeto que tendrían por las culturas y creencias de los pueblos conquistados. Ellacuría tuvo un gran prestigio intelectual y a él se debe la recuperación de las obras de Zubiri. Fue partidario del entendimiento y de la paz, defensor de los derechos de los pobres y muy crítico con las autoridades militares de El Salvador, que decidieron eliminarlo, junto a otros jesuitas: Ignacio Martín Baró, Segundo Montes, Amando López, Juan Ramón Moreno y Joaquín López, y una madre y su hija, de quince años, que trabajaban en la residencia.

163

---

El confesor privado de Franco, arzobispo Casimiro Morcillo, impulsó la creación de la *Obra de Cooperación Sacerdotal Hispano Americana* (OCSHA) para enviar sacerdotes a la América de habla española. Allí se fueron numerosos sacerdotes a los que él mismo ordenó siendo arzobispo de Zaragoza. Tan pronto como llegaron a su destino vieron que la realidad social era muy distinta de lo que se les había dicho.

José María Díaz -ahora estoy hablando del amigo y no del deán de Santiago- no escondió su perplejidad, al preguntarme:

- ¿Qué está pasando, Eliseo? ¿Qué ocurrió en Alcorisa, en aquellos dos cursos de los que salieron los más notorios curas guerrilleros de América, curas obreros y hasta curas comunistas?

La respuesta fue inmediata:

-Fueron tiempos duros, nos forjaron el cuerpo y la mente. Es tu campo.

La literatura, si es de oro y no de chatarra, no es ficción sino realidad. Sabíamos de memoria los 476 hexámetros del Arte Poética de Horacio y sus consejos o más bien normas para escribir *de verdad* no sirvieron para actuar en la vida. *Pictoribus atque poetis*. ¿Recuerdas? "El pintor y el poeta tienen libertad para fingir cualquier cosa según su fantasía; pero esta libertad no les da facultad

para fingir cosas, que repugnan a la naturaleza, como lo sería fingir islas en el aire, y cosas semejantes”. Nos enseñaste a ser libres de pensamiento, y no sólo *librepensadores* de salón. Nos tomamos el Evangelio en serio, buscando entre la mucha paja el poco oro que hay, pero el suficiente para hacer mover la brújula en la dirección correcta, aunque parezca incorrecta.

Los de Alcorisa no somos de este mundo... y tú, tampoco. Te refugias en los incunables, buscas perlas ocultas y te quemas los ojos en el esfuerzo, por huir del mundo que te rodea y del ruido que te impide poner tu tienda en la montaña del auténtico Sermón.

En 1990, la Conferencia Episcopal Española eligió a Santiago de Compostela para ser sede de la jornada anual preparatoria de la celebración del V Centenario del 12 de octubre de 1492, el día en que Cristóbal Colón completó su viaje a través del Océano Atlántico y llegó al “Nuevo Mundo”. Se trataba de hacer una magna exposición cuyo proyecto fue asumido por la Dirección General del Patrimonio Histórico y Documental de la Consellería de Cultura e Xuventude.

Se formó un Comité Científico y una Comisión Ejecutiva, entidades de las que D. José María Díaz Fernández fue comisario general. Su labor fue verdaderamente titánica, organizando y ejecutando viajes por los países del Nuevo Continente que sirvieron para obtener la cooperación de investigadores, conservadores de museos y representantes de la Iglesia del mundo de la cultura. Muchas de las obras de distintos países hispanoamericanos que salieron por primera y por un tiempo superior a tres meses, fueron expuestas en las salas del monasterio de San Martín Pinario.

El 13 de agosto de 1992, llegó José María a México por asuntos relacionados con la Exposición y el 15 lo acompañé a Santiago de Querétaro, primer lugar de su largo recorrido para seleccionar las obras de arte relacionadas con el culto al Apóstol Santiago.

Yo estaba estudiando nahuatl en el Convento del Carmen, en el sur de la ciudad de México, y me preparaba para hacer un doctorado sobre técnicas de investigación en la Historia del Arte Antiguo. Mientras acompañaba a José María gozamos al repasar la historiografía indiana de los siglos XVI y XVII, que él mismo recordaría en el prólogo del monumental libro *Santiago y América*: López de Gómara, Bernal Díaz del Castillo, Cieza de León, Remesal, Rodríguez Freyle, Fernández de Oviedo, el Inca Garcilaso, Guamán Poma de Ayala...

José María me hizo observar que de los famosos *Doce Apóstoles* de la evangelización de México casi todos eran oriundos de la provincia franciscana de Santiago de Compostela. Dos obispos gallegos accedieron a importantes diócesis de América: don Francisco de Aguiar y Seijas, cuyo proceso de beatificación está

en curso, y don Alonso de la Peña Montenegro, de Padrón, autor del famoso *Itinerario de Párrocos*.

El 21 de julio de 2004, recibí carta de José María, en contestación a la última charla telefónica que habíamos tenido, comentando que los antiguos alumnos de nuestro curso en Alcorisa nos habíamos asociado para reunirnos con frecuencia y compartir experiencias:

Amadísimo Eliseo: Me alegró mucho tu llamada y conversación comentando tantas cosas como si no hubiera pasado medio siglo. Naturalmente me sorprendió mucho que después de tantos años se acuerden de mí otros, además de ti: no podía imaginarlo. Desde luego el recuerdo mejor eres tú: a lo largo de mi vida he repetido muchas veces el dato de un alumno de trece años que al terminar el curso escribía versos mucho mejores que los de su profesor. Te mando por correo un cuaderno de sonetos y una separata de mi último artículo. Añado un libro que es una recopilación de artículos de periódico. Mis cariñosos saludos a tu mujer y a tu hijo.  
Un fuerte abrazo. José M.<sup>a</sup> Díaz Fernández.

El 3 de agosto 2004 recibí el libro de poemas de José María titulado *Versos para diez pasos de Semana Santa*. Es una edición de 2002, dedicada a María Luisa Gil de Biedma (fallecida el 5 de enero de 2024). Son diez sonetos de profunda perfección. El último se titula *Soledad*:

165

---

Tejido está de soledad tu manto  
con perlas de silencio guarnecido,  
brillos mil de azabache se han reunido  
para arropar de luto tu quebranto  
Sola y Silente, enmudecido el llanto,  
enhiesta en el desierto desabrido  
vibra en la noche fuerte tu latido  
aguardando del alba el nuevo canto.  
Sabes bien, en tu sí firme y sereno,  
que va a estallar la aurora de alegría  
vaciando de gozo el blanco seno.  
Porque en la noche fuiste fiel vigía,  
aguardando el instante de luz pleno,  
eres reina del sábado ¡oh María!

Pocos días después le contesté:

Querido José María: a mi regreso de un viaje he encontrado con la alegría de tu

carta y el anuncio del envío del cuaderno de sonetos y otros escritos que acabo de recibir ahora mismo. He leído, verso a verso, como se toma la mejor medicina que es la palabra, tus diez sonetos. Ya son míos, pues se han incorporado al fondo de luz negra- por intacta- de la que se alimenta el alma en su gozosa y privilegiada soledad. Luego leeré con más calma lo erudito.

Has sido muy generoso en tu dedicatoria – lo que indica la grandeza de tu corazón-, pero no siendo estrictamente verdad lo que dices, me conduce a una luminosa videncia: profundamente, somos almas gemelas.

El tiempo profano no nos ha permitido comprobarlo en la cercanía, pero creo que nos quedan muchos caminos que recorrer juntos al Otro Lado, donde ya no existirá ni la prisa, ni la zozobra, ni el pago de la Deuda (*Da a Deu* lo que es de *Deu*) que habremos saldado hasta el último penique: sabes muy bien lo que quiero decir. He seleccionado algunos poemas de varios libros míos inéditos y te los envío en archivo adjunto con la idea de que tu adjunto los imprima y te los entregue en una carpeta. He preferido hacerlo así porque ayer mismo regresé de Zaragoza sin haber podido encontrar una papelería que los encuadernara (estaban de vacaciones todas las que vi). En cualquier caso te los enviaré en cuanto pueda, pues quiero dedicártelos personalmente. Ya no será posible ir en agosto a Galicia, pero he prometido a mi hijo Tomás que lo llevaremos a conocerte a final de septiembre. Te avisaré con tiempo. Te recuerdo que nada me gustará más que acompañarte en tu excursión privada a Alcorisa; puedo recogerte en Zaragoza y llevarte a aquel lugar cuyo significado profundo seguramente conoceremos de verdad cuando, en efecto, nos encontremos al Otro Lado (al que me urge llegar cuanto antes, aunque por desgracia para mi creo que no he acabado todavía de cumplir mi Deuda aquí). Recibe mi abrazo más único. Eliseo

No nos vimos en Zaragoza, pero sí en Santiago en compañía de mi esposa Marta y de mi hijo Tomás, a quien don José María le regaló el privilegio de ser su guía por la catedral de Santiago, incluidos los campanarios.

El 16 de abril de 2005, me llamó para preguntarme si podría dedicarle dos o tres días en un viaje que debía hacer a una pequeña ciudad cercana a Pamplona, y antes, le gustaría visitar Alcorisa, el origen de nuestra ya antigua amistad.

El 18 lo recogí en el aeropuerto de Zaragoza y, sin entrar en la ciudad, nos dirigimos a Alcorisa. El Seminario había sido convertido en escuela comarcal de formación profesional. Volver atrás en el tiempo no fue muy difícil. Todo estaba como lo dejamos, excepto pequeñas reformas.

En la puerta nos esperaba el párroco de Alcorisa, al que José María había comunicado nuestra visita, y su deseo de que ambos concelebraran una misa en el altar de la iglesia del antiguo seminario.

La iglesia, que cincuenta años atrás acogía a más de doscientos seminaristas y era a todas las horas del día visitada por jóvenes que entraban, se arrodillaban, encerraban la cabeza en el cuenco de las manos, y se alzaban lentamente tras unos minutos de meditación, olía a soledad húmeda.

El deán de la catedral de Santiago y el párroco del Alcorisa me invitaron a estar a su lado, como silencioso monaguillo. Momentos antes de la consagración, el deán juntó las manos de manera distinta a la que exigía el momento de la liturgia, cerró los ojos y dijo:

- Vamos a elevar ahora nuestra plegaria para que el pontificado del cardenal Ratzinger obedezca a los designios del Espíritu Santo que hoy se manifestará en el Cónclave.

Yo mantenía los ojos cerrados y el primer reflejo fue abrirlos para mirar al deán, con la sorpresa que me causó el anuncio de la elección del nuevo papa cuando se hallaban reunidos en cónclave los cardenales.

Rezamos. Me hicieron partícipe de la comunión.

Era el 18 de abril, primer día del Cónclave. En el segundo día, 19, el cardenal Ratzinger fue elegido papa, después de cuatro rondas de votaciones.

En el coche, en el camino al segundo destino de José María, le pregunté al deán:

- ¿Por qué estás tan seguro de la elección del cardenal Ratzinger?

Contestación de José María:

-Un poderoso grupo de cardenales cree que Ratzinger es la mejor opción para la transformación de la Iglesia, ya que fue el asesor del cardenal Joseph Fringes durante el Concilio Vaticano II y fue uno de los teólogos que le dio forma. Ratzinger gozó de la confianza de su predecesor, quien lo nombró Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Ha madurado y dejado atrás las ideas de su juventud.

Era lunes, 18 de abril de 2005. El Cónclave había empezado diez días después del funeral de Juan Pablo II. Veintidós horas y cuatro minutos después, el martes, 19 de abril, a las 5.50 p.m. el cardenal Jorge Arturo Medina Estévez comunicó al mundo el nombramiento del cardenal Ratzinger como sucesor de Juan Pablo II con el nombre de Benedicto XVI.

En los meses siguientes, don José María Díaz me llamó en diversas ocasiones para pedirme mi opinión algunos temas relacionados con el Vaticano que se publicaban en la prensa fuera de España.

Benedicto XVI, al contrario que Juan Pablo II, tuvo “mala prensa” desde su nombramiento. Hubo multitud de gabinetes financiados para fabricar dossiers contra él. No tenía ninguna necesidad de leer informes secretos -aunque los

viera- porque conocía muy bien lo que estaba ocurriendo y empezó a urdir un plan para erradicar la corrupción. Su principal enemigo era el Secretario de Estado, cardenal Tarsicio Bertone.

Benedicto XVI decidió renunciar al Solio Pontificio el 11 de febrero de 2013, tras leer el primero de una serie de reportajes publicados por el diario *La Repubblica*. La información volvía a destacar graves escándalos en el Vaticano, obtenida de un informe reservado elaborado a partir de los documentos que fotocopió y filtró el mayordomo del Papa, Paolo Gabriele.

El informe secreto fue elaborado por los cardenales Julián Herranz, Jozef Tomko y Salvatore de Giorgi. *La Repubblica* dijo que los tres cardenales le informaron al Papa sobre la existencia de diversas facciones dentro de la Curia Romana. Sin embargo, algo más profundo y más grave forzó la decisión de Benedicto XVI. Paolo Gabriele era persona de confianza del Pontífice y su personalidad no encaja con el espía ni con el traidor que utiliza su cargo para robar documentos que pueden sacudir los cimientos de la casa donde trabaja. En efecto, el Papa perdonó a su mayordomo, que sólo estuvo tres meses en custodia, y lo que es más importante, desactivó el atentado que se preparaba contra su vida. Ratzinger tuvo conocimiento del plan urdido para asesinarlo. El cardenal colombiano Darío Castrillón Hoyos le hizo llegar una carta a Benedicto XVI para darle detalles sobre la preparación del atentado y quiénes estaban detrás. El cardenal colombiano Castrillón Hoyos le dijo también que el obispo de Palermo, en Sicilia, Paolo Romeo le informó de que funcionarios chinos le habían dicho que Benedicto XVI sería asesinado en los siguientes 12 meses.

Son ciertas las presiones que sufrió Benedicto XVI, pero no es cierto que su renuncia se debiera a falta de energía y sobre todo espiritual. Pudo haberlas resistido, pero hizo lo que mejor convino a la Iglesia. Él mismo lo reconoció al periodista Peter Seewald, autor del libro *Últimas conversaciones*:

Nadie ha tratado de chantajearme. No lo habría ni siquiera permitido. Si hubieran intentado hacerlo, no me habría ido, porque no hay que abandonar cuando uno está bajo presión. Y tampoco es verdadero que yo estuviera desilusionado o cosas semejantes. Es más, gracias a Dios, estaba en el estado de ánimo pacífico de quien ha superado las dificultades. El estado de ánimo en el que se puede pasar tranquilamente el timón a quien viene después.

Ese mismo año de 2013, don José María Díaz Hernández renunció a todos sus cargos y se retiró en los últimos años de su vida a Mondoñedo, aislado del mundo exterior.

Le envié una antología de varios libros de poesía, unos publicados y otros inéditos, y escrito con mi caligrafía del Seminario de Alcorisa. El texto decía:

Dedicada para la lectura personal de su querido amigo y maestro –pues fue el que primero iluminó el camino, y siempre lo acompañó vigilando con amor– José María Díaz Fernández, hombre sabio y antiguo, a quien no horrorizó descubrir los secretos de los que se sirve Dios para fabricar la Ley Única del Amor Universal.

Uno de los poemas se publicaría en 2017 como colofón de mi libro *De todas las vidas que no puede tener*:

Quema todos los libros  
sobre la leña de la vanidad  
con que fueron escritos  
*Con la llama sé feliz*  
*Con el fuego sé libre*

Que vuelva al humo lo que es humo  
y la paja reciba el castigo  
por no haber dado trigo

Lee sólo a los poetas que digan algo  
en el primer verso  
y empieza siempre la historia  
por su reverso  
No sigas leyendo más si no es así

Da las enciclopedias a las polillas  
y arroja los diarios a las alcantarillas  
*Con la llama sé feliz*  
*Con el fuego sé libre*

Danza desnudo sobre el fuego  
para encontrar la verdad luego

Quema todos los libros  
La hoguera destruye sólo las mentiras  
Las verdades ardiendo se purifican  
con el fuego se multiplican

Amasado con ceniza prohibida  
escrito con letra ruda

abre el libro que llevas dentro  
donde está la verdad muda  
y la libertad sin precio

*Con la llama sé feliz*

*Con el fuego sé libre.*